



Mamá

Manlio Argueta

Si algún sentido tiene el concepto patria, hay que buscarlo en las madres de este país... Ellas sin, sin duda, la patria ofendida.

ITALO LÓPEZ VALLECILLOS

Mamá querida. Oración por todos.
Llena eres de gracia como las primeras lluvias
que originan las primeras milpas.
Vendedora de los mercados. Mamá comprando
botellas de puerta en puerta. De zaguán
en zaguán. Mamá puta. Mamá corriendo por las calles
con los policías detrás. Mamá cómo son las cosas
cuando son del alma. Buscadora de tesoros
en los basureros.
Mamá viajando en tren con grandes canastos
de frutas maduras. Mamá estupenda.
Mamá con la cara pintada de arco iris.
Cortadora de café.
Mamá que recoge flores en los caminos
para ponerlos en floreros de hojalata.
Mamá cachimbona. Mamá enferma.
Mamá virgen María Madre de Dios.
Nombre sagrado como los venados o los volcanes.
Mamá encendedora de velas al Santo Niño de Atocha
y a San Antoñito lindo. Mamá por esas calles
oscuras.
Mamá de la Unión de Pobladores de Tugurios.
Vendedora de atol shuco y semita de piña. Mamá
desfilando por las calles con pañuelitos
de papel periódico
para cubrirse del sol ardiente. Mamá

y su bolsa de frijoles fritos
y tortillas calientes. Mamá vergona. Mamá descalza.
Mamá de agallas. Mamá lista para salir corriendo
por siay balazos. Cortadora de algodón bajo el sol
agrario de la costa.

¿En donde estás? Hola mamá. Mala madre.
Arrurrú niño que tengo quiacer. Día tuyo.
Día muerto de hambre. Mamá suplicadora
para que suelten a mi hijo

él no les ha hecho nada.

Mamá en la morgue. Mamá mía. Mamá buscando
entre los muertos. ¡Cállese vieja puta!

Mamá voy a regresar tarde, pero no se sabe.

Mamá Virgen María a secas. Mamá diciendo
es el cuerpo el que me tiembla, no el espíritu.

Un día primero Dios has de quererme un poquito.

Yo levantaré un ranchito donde vivamos los dos.

Mamá devuelvan el cadáver de mi hijo.

Mamá hombre.

Mamá padre, abuela, abuelo. Mamá, mamá.

¡Tu madre!

Buenos días mamá. Buenos días universo entero.

Patria, triste puta querida

Julio Iraheta Santos

A veces
uno quisiera hablar
del mundo y su belleza.
Uno quisiera hablar y largarse
con el viento
a tocar las luces
de los puertos.

Pero hay algo que lo impide.
Algo que nos llena el rostro
de relámpagos y lágrimas.
Algo vestido de mañanas harapientas,
de buses con gente hipotecada,
de trenes
que cruzan campos prisioneros,
de muelles donde la patria
(triste puta querida)
recibe el semen
de rubios mercaderes.

A veces
uno quisiera hablar
en azahares.
Pero aquí todavía
no hay verano
y tenemos que seguir rabiando,
aunque nos lleve el diablo.

Ladrillos

Elena Salamanca

Este muchacho y yo somos unos mal amados.
Andamos por ahí sin decir cosas bonitas
como sos mi vida, vida mía,
sos mi flor, mi amor
y esos etcéteras.

Este muchacho es un ladrillo.
Desamoroso.
Caminará con los bolsillos rotos de cuando en cuando,
algún día usará saco
y
nunca tendrá un trabajo estable;

será siempre un promiscuo irremediable,
nariz de tabique quebrado,
despeinado
y músico.

No esperaré menos
cuando su novia no quiera amarlo.

Las novias creen,
siempre creen,
que el novio que no besa la mano
es un mal nacido
desalmado.

Sus novias creerán
que debajo de su cama
tiene guardadas unas 17 mil mujeres
y cada noche compone un bolero para alguna de ellas.

Chepe:
Somos dos ladrillos.
Nadie querrá construir castillo sobre nosotros.

Rezé un poco
y componé una misa.
Yo la cantaré en náhuat,
misa cantada, *Domine*.
Y rezaré también:
sacá esas 17 mil mujeres debajo de tu cama.
Y construí con ellas tu palacio.

Cuando yo sea Medieval

Elena Salamanca

Habría muerto pronto. A los 12 años, con la primera menstruación —tengo miomas, endometriosis—. O habría probado los arándanos y me hubiera dado una hipoglucemia hubiera caído desmayada y después entrado en coma. Como nadie sabría, seguramente, que estaba en coma, habría muerto definitivamente.

También podría haberme picado una avispa, y, como soy alérgica, habría muerto envenenada. Aunque como las enfermedades que tengo son *modernas*, tal vez habría sobrevivido.

Entonces me habría tocado ser molinera, o cuidar cabras.

Quién sabe si hubiera probado la leche. Es muy probable que alguna vez hubiera comido yogurt, esa leche echada a perder que los señores regalaban benéficamente a los siervos.

No habría aprendido a leer. Creería en Dios de una forma errónea: supersticiosa y castigadora.

No tendría madre porque habría muerto después de tanto parir unos ocho hijos, apenas unos cuatro vivos.

Me habrían violado mis primos, o los amigos de mis primos, o algún vendedor de zapatos que llegara a la aldea.

De seguro me habría enamorado de un caballero. Algún tipo que pasó por mi casa y pidió dónde pasar la noche. Al ver la cruz roja en su pecho, mis hermanos lo habrían hecho pasar. Yo lo habría contemplado de noche mientras dormía: sus cabellos rojos y sus pecas. Las manos ennegrecidas. Roncando, el aliento asqueroso.

De seguro, un día, mientras segara, alguna vieja se acercaría a mí y me pediría agua. Como yo sería molinera, la llevaría a casa. El agua a nadie se le niega.

La casa, de techo alto y de paja y de lodo, estaría coronada por una cruz. La vieja, redonda, apestosa y envuelta en arapos oscuros, como buena vieja, me preguntaría si soy cristiana.

Yo le diría que sí, aunque nunca hubiera visto la Biblia y la misa, si alguna vez la había oído, estuviera en Latín.

La vieja me preguntaría si creo en las brujas.

Yo me santiguaría por temor al Tribunal de la Santa Inquisición, respondería que sí.

La vieja me diría que es una bruja. Dejaría el cuenco en el que le dí el agua en una mesa ordinaria y podrida y saldría de la casa.

Yo temblaría. Probablemente se me bajaría el azúcar pero yo no lo sabría. Al salir de la casa de techo de paja, el trigo se habría secado, mis cabras habrían muerto, y el agua de mi molino estaría maldita.

Voy a tener una hija con Carlos

Elena Salamanca

Voy a vestirla de china poblana, de volcaneña,
de nahuapipil, de lenca, de huasteca,
de kakawira,
de tehuana.

Mandaré a construir un convento para que la eduquen monjas
como hacían los pudientes de Nueva España.

Carlos la llevará a ver iglesias barrocas,
vírgenes de siete puñales,
pan de oro.

Yo le enseñaré de las mezquitas y las catedrales medievales,
de su hermano imposible Pertarito,
de paleografía.
Leeremos el testamento de Isabel la Católica antes de dormir,
el tratado de Tordesillas,
trascribiremos cartas de Carlos v.

Jugará con sus chuchos Arcatao y Arambala,
comerá jalea aprobada por la Sociedad Española de Diabéticos,
cero postres,
verduras.

Carlos le pondrá películas de María Félix.
La niña querrá ser puta.
Las monjas la odian,
las echaremos del convento
¿Qué se han creído?
La educaremos en casa:

los surrealistas, el art nouveau,
la revolución húngara, la operación cóndor, los derechos humanos,
el 32.

La niña querrá ser comunista.

Las madres de sus amigas se alarmarán. Las alejarán de ella.

Nos mudaremos a algún pueblo.

Iremos a oír bandas al cementerio.

La niña querrá ser bruja.

La regresaremos al convento,

una nueva orden que quiera donaciones para sus obras de caridad descalza
estará dispuesta a educarla.

La niña.

La niña...

Aún no la adoptamos

y ya transito por la hilaridad.

Casa sobre tu pecho

Claudia Lars

Hace diez años, hace cinco años,
un año hace...
A pesar de eso llegaste a tiempo
Aunque un poco tarde

CHRISTINA GEORGINA ROSSETTI.

I

A medio otoño, casi del olvido
Volviendo con la rosa del verano.
El mar del corazón bajo tu mano
y el camino de ayer para el oído.

No es golondrina, no, la que ha venido
al cielo de este cielo cotidiano.
Porque llega del frío más lejano
sabe escoger la tarde de su nido.

Así, con simples nombres de acomodo,
voluntaria de ser, en nuevo modo,
tu sabor y tu clara compañía.

Si recojo praderas en tu casa,
ya presiento la rosa que no pasa
y soy nueva en la rosa todavía.

II

Detrás de las orillas iniciales,
de la agitada soledad de afuera,

un suave octubre, de caricia entera,
y una isla dulce, en olas de rosales.

Pues nunca los amores son iguales,
este arrimo de amor, a tu manera,
de una lejana y muerta primavera
saca el reino del musgo y los panales.

Recuerda... y recordando... en sabio rito
a breve sangre anuda lo infinito,
iluminado y tierno en su desvelo.

Y un poder encendido por tu llama
junta el panal, el musgo y la retama,
para esta casa tuya, entre mi pelo.

III

A ti, todo el poder de mi sentido:
este valle de yerba y de paloma;
mi profunda violeta con su idioma
en los verdes recodos aprendido.

A ti, mi río-fuego, detenido
en un labio sediento, que lo aroma;
mi ágil laurel y el pájaro que asoma
dando el país del aire en su latido.

Toda mi tierra corporal y oscura;
La que acoge, levanta y asegura,
Recia en la entraña y en el tacto fina.

No ha de quedar a piel de amor el goce,
porque ya tu mirada reconoce
tierra adentro, la luz de cada espina.

IV

Tu casa tiene un nombre de tristeza:
un leve nombre de ceniza y frío.
Toca el fértil azul del nombre mío
y es noche oculta en que tu voz tropieza.

Antes fue claro y vivo, con riqueza
de fácil nardo y de inicial estío;
iba copiando cielos como un río
y él, para mi amor, tu amor empieza.

Yo recojo ese nombre de la muerte
y lo acerco a los dos, sin que despierte,
mientras tu gran silencio nos anuda.

Me crece de los ojos nueva tierra,
y el nombre queda en ti, y en ti se encierra,
guardando el clima de su patria muda.

V

Aquí a tu lado, en medio de las cosas
y del recuerdo... tuya, conmovida.
Por tu claro hospedaje detenida
y también por tus horas dolorosas.

Van a tu amor las arpas de la rosa
y todos los rosales de la vida.
Ya no pierdo mi frente, ya encendida
es tu jardín, la tarde en que reposas.

Inmensidad de cielo y tierra envuelve
esta alianza secreta que resuelve

pasos de ayer en casa tan segura.

De ti saldrán los días venideros
y en lis junios de luz o en los eneros
tendré el hondo crecer de esta dulzura.

VI

Casa de piedra y sueño, que entrega
en torre de alas y en jardín cerrado.
Tamaño del amor insospechado.
Reino tardío de una alondra ciega.

A tu fina quietud mi paso llega,
dichoso de llegar, pero cansado.
Me corona de luz, tengo un aliado,
y la noche de paz nada, me niega.

Este es mi sitio, mi querencia humana,
para empezar de nuevo mi mañana
y borrar en su amparo la fatiga.

Por eso casa mía, casa cierta,
en mis labios te das, limpia y despierta,
con el ángel de flores que te abriga.

La Dama gris

Raúl Contreras

La Dama gris, la de las manos finas
y ojos color del tiempo, me acompaña...
En mi sed de ascensión, qué fiebre extraña,
qué cansancio de luz en mis retinas.

Aquí, soñando al pie de la montaña
la Dama gris me envuelve en sus neblinas.
Ayer, un vuelo azul de golondrinas...
Hoy, un leve temblor de telaraña.

¿Y después?... Sólo sé que cuando el monte
se ensanche más allá del horizonte,
mi sueño inútil rodará en pedazos.

Y entonces muda, resignada, inerme,
igual que un niño triste que se duerme,
la Dama gris me tomará en sus brazos...

Juan en las fauces del lobo...

Marcos Paz

Yo soy Juan
el de los trabajos difíciles
que nunca descansa
que piensa que un día le pegará al gordo;
que apenas habla inglés
que se emborracha para olvidar la tristeza;
que no tiene tiempo para ir a la escuela.

Yo soy Juan,
el que va a los partidos de fútbol los domingos.
que lo agarró la migra y tuvo la suerte
de que un familiar pagara la fianza
y por eso trabaja doble turno.
que se casó para arreglar papeles
que nunca tiene vacaciones
que lo atropelló un carro.

Yo soy ese mismo Juan
que lo asaltaron una noche de lluvia
que lo despidieron por ilegal
que se tiró de plano a la vagancia
que ya la caga porque solo a verga pasa
que se va a regresar aunque lo maten
porque aquí no califica para la amnistía
y porque además ya no aguanta el frío.

Y sigo siendo Juan
el que tiene esperanzas de que todo
le va a salir bien gracias a Dios
que en fin piensa que aquí está mejor
porque hace lo que le da la gana
aunque esté comiendo mierda.

Réquiem

Carlos Alfaro

Pudo haber nacido en Obregón
o en el West Virginia de las películas
Pero Hollywood no lo conocía
aunque era guapo y elegante.
Tampoco sonreía a las cámaras que salían
colgando del cuello
de los turistas
por la puerta principal
del Washington
Hilton.
No se le vió jamás acompañado de modelos
caza fortunas en el Pavillion
o Saint-Tropez.

Olía a orines, a polvo, a cerveza barata,
a cigarro de tercera vuelta. No se había rasurado,
quizás desde el Watergaga de Nixon
o comido los tres tiempos desde la celebración
por la epopeya lunar.

Nunca fue parte del falso sueño americano
pero conocía la pasadilla de estar vivo
en lo más fiero del infierno
con un café semicongelado entre las manos
producto de la caridad del restaurante italiano
de la esquina que rondaba.

Hasta él, jamás llegó la gran industria,
la recuperación económica de Wall Street,
Yale y Oxford
Georgetown nunca lo vió en su lista de matrículas
Solo la oficina de desempleo, la diaria fila

de un desayuno gratuito del Salvation Army
o las gradas de una iglesia
conocieron su miseria.

Ayer murió en la misma esquina
que guardó por muchos años
frente a la estación del metro del Du Pont Circle
frente al reloj electrónico
a la librería
al restaurant
frente a la clase media Washingtoniana
en su esnobismo de formalina y portafolio
frente a la foto de Kurt Waldheim
sonriéndole desde un periódico
frente al basurero de la acera
en la más lejana cuna que el
sistema le propuso
como réquiem para un hombre, emigrado salvadoreño,
que dejó
no más huella que sus
harapos
ahora compartidos por otros
más o menos pobres que él
que heredamos sus zapatos
el saco viejo
el sombrero
y esa mirada vacía de porvenir
con que ruegan un par de monedas
al gran tráfico de la ciudad.

El hombre del orden

Roque Dalton

Soy viejo
viejo como vuestra esperanza
me da risa

Yo estuve con un sable (pero añorando las ametralladoras)
entre los voluntarios de Fernando VII
bastó un poco de alcohol -fue en 1814-
y maté con un palo
a un muchachito en la universidad

Yo fusilé a un tal Farabundo Martí a un tal Gerardo Barrios
-hace solo unos días-
y aplaudí a Cuaumichín
cuando ordenó la tortura de Fidelina Raymundo

Yo iba a escribir el himno de la Guardia Cívica
fue cuando lo de Francisco Morazán el líder comunista
que había bastante que matar

Y sigo joven
duro de soportar cuando golpeo

Sangre de vuestra sangre es mi antigüedad y mi memoria

Yo soy de allá vosotros
yo qué culpa.

El descanso del guerrero

Roque Dalton

Los muertos están cada día más indóciles.

Antes era fácil con ellos:
les dábamos un cuello duro una flor
loábamos sus nombres en una larga lista:
que los recintos de la patria
que las sombras notables
que el mármol monstruoso

El firmaba en pos de la memoria
Iba de nuevo a filas
Y marchaba al compás de nuestra vieja música.

Pero qué va
los muertos
son otros desde entonces.

Hoy se ponen irónicos
preguntan.

¡Me parece que caen en la cuenta
de ser cada vez más la mayoría!

Alta hora de la noche

Roque Dalton

Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre
porque se detendría la muerte y el reposo.

Tu voz, que es la campana de los cinco sentidos,
sería el tenue faro buscado por mi niebla.

Cuando sepas que he muerto di sílabas extrañas.
Pronuncia flor, abeja, lágrima, pan, tormenta.

No dejes que tus labios hallen mis once letras.
Tengo sueño, he amado, he ganado el silencio.

No pronuncies mi nombre cuando sepas que he muerto:
desde la oscura tierra vendría por tu voz.

No pronuncies mi nombre, no pronuncies mi nombre.
Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre.

El cuento

Qué jais

Alfonso Kijadurías

...y allí estaba yo mis queridos panitas, caminando en la noche con diamante, con mi panita Suncín en un gran pedo; vacilando el domingo en la Escalón, dejando bolas en los nai clu y metiendo la mano en las bolsas de los rucos livos, una gran vida chévere rebanando de lo mejor y pingando con rucas alivianadas de bolas, casaquiando y volando en sus naves último modelo, pintándonos de vergón, simón en la mejor de las parlas de plano como un MarlonBrando, y así de vacile en vacile llegó la medianoche y se pelaron las rucas a casa de sus rucos y nos quedamos a alturas del Safari y nos metimos a ver cómo estaba el vacile y adentro habían varios rucos lanudos parlando de bisniada y en otra mesa otros ruquitos con sus ruquitas elegantes y estampadas y le pusimos coco a la merienda porque como sabés allí en lo oscuro en pleno show de la Zaza Gabor y la Briyit salvadoreña y la picante salsa del bongo la animala guashea y no se atina de qué rincón y seguimos guashando hasta que dimos con unos menes sospechosos que vacilaban una cercha que nunca terminaban y Suncín me hizo el indique que tenían planta de alguaciles y nos retachamos a la calle a respirar un poco de aire puro en el momento que la Cubanita terminaba su show en que imita a Fidel fumándose un garro con su mero sesapil, y afuera todo estaba más chévere que de costumbre pues soplabá una brisita del volcán y comenzamos a remar y a bajar viendo las maravillas de carcachas las naves más peli nunca vistas nuevas y brillantes y le pusimos coco al GMG y abrimos la portezuela con el alambre sin ningún hostigue de la animala ni del mero guachón del sereno y tas entramos a la nave y adentro el olor a nuevo nos llegó de una manera super excedida y mucho más cuando al meter «la moneda automática» oímos el estarazo nítido y luego después la acelerada mera virga, simón, y al bajar por la betoven puse el stereo en el momento que la rica mama katch estallaba

con su bocota un tremendo mugido y luego después vino la sacudida del Hendrix como una ráfaga de ametralladora a rociarnos los oídos, exagerado y chévere, en eso íbamos cuando oímos la sirena de la animala tras de nosotros y con aquella maravilla de carcacha nuestra ¿cuando nos iban a alcanzar? Y les bailamos mambo por las calles, bien pedo por el bulevar hasta llegar al centro y magiarlos hasta enchibolarlos y arrancar hasta la troncal en aquella nave que jalaba superexcedida que pasaba los baches como nubes de algodón; y ya nos sentíamos vacilando en algún pueblo con las ruquitas virgas y toda la marita cuando al momento en la troncal asomó la carcacha de la tira y entonces metí la pata hasta el fondo y viré a la izquierda y subimos de nuevo la Atlacatl donde la linda nave se embonchó contra un muro de piedras.

Cuando abrimos la puerta nos recibió una tormenta de vergazos, patadas y garrotazos, un cuilio me metió el fusil en el sereguete mero hostigado que hasta espuma le salía de la boca, a Suncín lo empalmaron de un solo culatazo al grito de jipis culerosrevoltosoterroristasrobacarros de, carros secuestradoresladrones y levantaron a Suncín del pelo y al chilazo nos amarraron tan apretado que el cordel se reventó y el cuilio lo maniaba hasta que la mano engarrotada dejó de sentir el cordel porque se puso fría.

Nos llevaron a la sala y el mero animala se hizo cargo de la casaca que dónde estaba el ministro que a qué facción pertenecíamos que para quién o quiénes era la nave y era un gran bonche cada vez, que cada vez se hacía más bonche porque esa misma noche se habían jalado de su casa al men ese y toda la tira andaba tras la caza de los meros menes y como no parlábamos con el hombre nos pusieron unos alambres en los güevos y nos hicieron la ensalada rusa con alambres eléctricos que subían de los pies a las orejas y la nariz y a la primera descarga nos bañamos de fresa y el mero cuilio nos hostigaba más dándonos vergazos con su garrote, y así queridos brodercitos amanecimos y después de verguiados nos dejaron tirados, boquiando sobre la fresa que habíamos echado; después vino un largo sueño negro, un canto celestial salido de la oscuridad y de pronto era como si el cielo se abría y el mero maistro y sus arcángeles y orquestas de cornetas y guitarras eléctricas anunciaban el fin del mundo y después como en una película o en un espejo me vi la noche que le puse la navaja a la ruquita que nos sorprendió robando en su tienducha y cuando la amarramos en la silla y desvaciamos la refri de cerchas hasta que llegaron los vecinos a guashear qué ondas y vinieron

luego los hijos de la ruca armados con sus cuetes y salimos voladísimos en la noche saltando los tejados hasta caer en la calle donde caímos sobre el ruco que en ese rato atravesó el seregetiado y no nos güelieron más porque salimos hechos un pedo en el escarbabajo y mucho después (quizás había pasado un siglo o un segundo) desperté al oír los mujidos de Suncín que inundado de sangre se revolcaba en el cuarto y luego vi que todo estaba azul y que en el horizonte había un parque lejano súper excedido en su verdor y sobre la grama sentada me esperaba mi ruquita con una camisola mera actuada con la cara del Ché atrás y adelante otra de Hendrix y en todo ese paisaje ella se fue volviendo un bollito de hilo arrastrado por la pata de un pájaro rojo que venía a meterse en mi ombligo y después me vi adentro de un carro haciendo un degenerere, pingando a aquella chamaquita de la 16 y oía los deleitables gemidos y en el radio Lucineskaaygüitdiamons y la música se iba en ondas que se veían cruzar en el aire y luego después todo se puso color de hormiga mero agüitoso de negro y el sol apareció como un disco negro en aquella oscuridad y luego se oyó caer sobre las aguas de algún mar porque unas grandes olas salpicaban las alturas y eran tan enormes y nos perseguían como enormes bocas sin dientes pero mortales y en ese instante el cuilio había desvaciado un balde de agua fría y comencé a recordarme de que estábamos jalados y vi a Suncín sacudiéndose el agua de la cabeza y todo reventado de la cara que amagaba ser otro. Entonces el tira con un vergazo en el coco nos indicó levantarnos y a puras penas con un temblor en las de masconiar nos fuimos levantando y era como si tardáramos años en hacerlo y ya parados de nuevo comenzó todo a girar y me dio vasca y vomité por horas y horas y cuando terminé nos jalaron a rastras donde el mero jara volvió a interrogarnos mostrándonos la foto del ministro y nos ofreció sacarnos de la jaula si confesábamos dónde estaban los otros del gran bonche y como el jara vio que neles nos mandó de nuevo a la cámara de torturas y nos hicieron la ensalada y la montaña rusa no sé cuántas veces con pinchadas de güevos cada quince minutos hasta que por la noche nos metieron en el laboratorio de la jura y el mero brujo nos pinchó una droga de decir la verdá y a los minutos volví a ver el cielo que de nuevo se abría pero esta vez lleno de sangre porque la tierra toda lo salpicaba y luego aparecieron los tanques alemanes y miles de soldados con la cara de jitle, pero luego en el cielo apareció un pescado gigante y oí una voz que me hostigaba preguntándome sobre el ministro los

terroristas sobre el ministro los terroristas y luego de una nube espesa cayó mi ruco y se metió como huyendo por un callejón sin salida de una ciudad como Los Ángeles o Nueva York en donde mi ruquita dice que vive y el ruco corría sin saber porqué ni para qué y todo era como en una película sonora porque de fondo se oía Perro negro y así de repente oí que los tiras nos gritaban y cuando desperté estábamos en otra celda donde otros menes mero rucos se reían a grandes carcajadas como para hostigarnos y como no aguanté sus risas me levanté y le rompí de una patada el hocico al más ruco de todos y se formó un gran alambre y un gran bonche paloma y todos los presos comenzaron a gritar hasta que vino la tira y abrió la jaula y nos jaló de nuevo a puros catos a otra prisión y de allí ya no volví a ver al Suncín queridos brodercitos porque de allí me pasaron al manicero y a puro electro shock me sosegaban cada vez que les decía que soy el salvador y aquí me tienen ustedes mis panitas que me pueden de sobra y saben que no los vacilo para nada cuando les digo que soy el salvador, el mero salvador del mundo... ¿y qué jais?